

la luz, hermosura de la hermosura, que yo no puedo partirme de tí sin dejar contigo mi alma. Y qué he de hacer yo sin el alma mia loco y desesperado?

--Calla, calla, cristiano; no prosigas,—dijo Giazul,—que yo soy una buena creyente, y no puedo escuchar sin enojarme esas palabras que me dices.

—¿Y cómo no he de decirte que te amo,—dijo D. Pero Nuñez,—si á tí me arrastra el corazon, si hasta ahora yo no sabia lo que el amor era ni que tan infinitamente podia abrasar en su fuego un alma.

—Deja, deja, cristiano,—exclamó Giazul,—que estoy temblando toda, que si aquí te ven, perezcas, y yo no quiero que perezcas. Oh! No! Quiero que vivas, no sé por qué; tú eres el primer cristiano á quien yo no aborrezco, y pues que segun me parece, tú no has de irte, vuelve á ocultarte en la espesura, y espera á que yo vuelva.

Y Giazul se separó de Nuñez de Lara, y se alejó rápida y cuidadosa.

El jóven caballero volvió á ocultarse en la espesura y esperó ansioso.

CAPITULO VII.

De cómo Pero Nuñez de Lara, que no sabia detenerse ante la muerte, fué contenido por el amor.

Todo reposaba en la quinta.

Sus habitantes reposaban durante las horas del gran calor en sus frías cámaras.

Giazul entró por una bella galería de arcos que al huerto daba, la recorrió, y á su extremo penetró en un pequeño y sombrío retrete de donde salia el lánguido sonido de una tiorba, blandamente tocada, como si no se hubiese querido que una armonía más fuerte pudiese despertar á álguien que reposase en un lugar inmediato.

El que esta tiorba tocaba estaba sentado sobre sus piernas, cruzadas en un diván.

Era un negro, vestido de rojo, hermoso, sin que pudiera definirse su edad, grandemente corcovado y con una argolla de plata, como en señal de esclavitud, al cuello.

Le conocemos ya, Abdel-Zinka.

Al ver á Giazul se estremeció, y por su mirada pasó algo terrible.

Dolor, despecho, desesperacion, resignacion, amor, sumision, todo junto.

Dejó la tiorba junto al diván, se puso de pié y dijo:

—Qué me quiere el hermoso lucero de la mañana?

—Sígueme, Abdel,— le dijo Giazul.

—Y bien, sí,—contestó el esclavo,—Sayda, Noema duerme, no despertará hasta que el sol descienda; puedo seguirte.

Y se fué tras de Giazul, que saliendo del retrete á la galería y de ésta á la extensa huerta, se fué á un bosquecillo de arrayanes y laureles.

Una vez allí, dijo á Abdel, que la contemplaba estremecido:

—Tú me has dicho más de una vez que si un día necesitaba yo tu vida te la pidiese.

—Mi vida, mi vida!—exclamó el negro.—Y qué me importaría la vida si perdiéndola por tí yo te era grato un momento? Oh! Mi muerte

sería para mí una felicidad, si no es ya que el espíritu de los que mueren se quedase en la tierra para vagar en derredor de los seres amados que en ella dejamos.

—No quiero tu vida, Abdel,—dijo Giazul,—pero quiero la mia.

—Y quién amenaza tu vida, sol de hermosura?—exclamó estremeciéndose el negro, cuyo semblante tomó un color bronceado.

—Ah! yo no sé lo que me sucede,—contestó Giazul;—yo estaba tranquila y descuidada y ahora sufro; yo me sentia contenta y ahora agonizo; yo no temia nada y ahora lo temo todo.

—¿Y por qué, gacela de los oásis de amor?—exclamó el negro más y más conmovido.

—He visto un hombre,—exclamó Giazul.

Pasó entonces algo formidable por la mirada y por el sér de Abdel.

—¡Un hombre!—exclamó:—¡un hombre que te aterra, un hombre que te espanta, un hombre que te hace sufrir!—¿Y quién es ese hombre?—Aquí no hay más que esclavos.

—Ese hombre es un jóven caballero; ha venido allá de la otra parte de la ciudad perdida, de la ciudad profanada.

—¡De Alcalá! ¡un cristiano!—exclamó el negro, cuyos ojos rodaron en sus órbitas, ponien-

do de una manera feroz mano á su corvo yatan.—¿Dónde está?

—Ah! no, no!—exclamó Giazul, poniéndose pálida como una muerta.—Yo no quiero que muera.

—Ah! tú le amas!—exclamó con un acento indefinible de dolor, de celos, de rabia, el jorobado.

—Yo no lo sé,—exclamó Giazul,—yo no sé lo que es el amor. Escucha: yo he ido allí á la enramada de mirtos, al borde del agua, como otras veces, y he visto con asombro que al pié del mirto donde yo me reclino habia un mancebo dormido; más allá, echado y dormido tambien, habia un fuerte caballo.

Su arnés de batalla era de los que se ponen á los corceles de los nazarenos.

El jorobado escuchaba anhelante, letal, sombrío, trasfigurado en un sentimiento, que no podia definirse á Giazul, y temblaba de una manera poderosa.

—Tú le amas!—repitió.

—Yo no sé lo que es el amor; pero él no quiere irse; él se obstina en permanecer aquí, y yo no quiero que muera.

—¡La hija del islam ha hablado con un impu-
o adorador de ídolos!—exclamó con voz caver-

nosa Abdel.—La hija del islam ha puesto su purísima mano en el nazareno infiel, y le ha despertado para ver sus ojos, para oír su voz!

El jorobado aparecia terrible.

—Ah! no, no!—exclamó Giazul.

Y á seguida refirió á Abdel lo que habia acontecido.

—Y quién es ese temerario, que, solo, se atreve á desafiar un peligro de muerte?—exclamó el jorobado.

—Yo no lo sé; pero es necesario, cuando llegue el momento, que me sacrifiques más que tu vida, tu ódio al nazareno.

—Tú lo quieres, tú lo mandas, sultana,—exclamó con una voz y con un acento supremos Abdel.—Sea, pues; tú me pides la perdicion de mi alma: en buen hora: que Dios tenga misericordia de mí, Qué quieres?

—Que le ocultes, que le salves; él es bravo como un leon; sí, sí; en sus ojos hay algo de la llama de los ojos del leon; él no conoce el peligro, él no le teme; persuádele.

—Y cómo he de persuadirle yo, si tú, encanto de los encantos, no has podido persuadirle?

Ah! yo iré contigo; yo le suplicaré,—exclamó Giazul.

—Suplicar! —exclamó con una cólera concen-

trada Abdel.— Suplicar tú, sultana, tú á cuyos piés se postran los más altos y los más grandes!

—Sígueme; no perdamos un momento,—exclamó Giazul.

El jorobado se fué tras la hermosa doncella, que atravesó rápidamente la huerta, y entró en el sombrero y verde espacio, contenido por la enramada de mirtos.

Nuñez de Lara estaba con un brazo echado en el arzon de su caballo, apoyado en él y atento.

El valiente animal habia relinchado á la aproximacion de Giazul y del jorobado.

Al ver á este Pero Nuñez, dejó de apoyarse en el caballo, y se puso en una actitud firme, pero fácil y descuidada.

—Quién es ese,—dijo con desden volviendo su serena mirada al negro?

—Yo soy Abdel—Zinka, tu esclavo,—contestó este con voz sonora, grave y serena,—sí, tu esclavo, puesto que ella, mi señora, me manda que te sirva.

—Y para qué necesito yo los servicios de ese?—dijo Pero Nuñez de Lara.

—Para que te salve,—exclamó Giazul.

—Dios que me ha salvado hasta aquí, y luego mi brazo, me salvarán en adelante.

—Tú serás polvo,—dijo Abdel,—en el momento en que Sayda Giazul quiera que lo seas.

Nuñez de Lara miró con desprecio á Abdel.

—Vete,—le dijo;—avisa á los tuyos, que vengan todos, cualquiera sea su número.

—Ah! no! detente!—exclamó Giazul volviéndose al jorobado.

Pero esta orden era inútil.

Abdel no se habia movido.

Permanecia inmóvil é impasible como una estatua.

—Vete,—repitió creciendo en altivez y en desprecio Nuñez de Lara.

—Ah! no!—exclamó Giazul, interponiéndose, —yo te lo suplico; sálvate! Ah! tú no sabes! óyeme, por tu buena madre, por cuanto ames, por tú alma! tú no podrás resistir; son feroces, tigres del desierto, y tú solo sin arnés que te defienda! . . . ah! no, no! Si no lo hiciéres por tu vida, hazlo por la mia, porque si tú mueres, yo moriré.

Y Giazul, con las manos cruzadas, cayó de rodillas á los piés de Nuñez de Lara.

El negro continuaba inmóvil é impasible.

No podia darse una expresion de amor más grande que la que acababa de dejar ver Giazul á Nuñez de Lara.

Este la levantó, la retuvo en sus brazos y la dijo:

—Pues, bien, sígueme; mi caballo atravesará el vado y nos llevará á Alcalá.

Pasó una convulsion imperceptible por los párpados de Abdel.

Pero no hizo el más leve movimiento.

No dejó ver ninguna otra expresion.

—Ah! ¡no, jamás!—exclamó Giazul,—pídeme mi vida, pero no me pidas mi virtud. Oh! yo seria ingrata, yo seria infame, me llamarían la mala mujer! mis padres me maldecirían, me maldeciría la noble Sayda Noema! No! si no quieres irte, si no quieres ocultarte, prefiero morir contigo!

—Y si yo te arrebató? y si yo te llevo?—exclamó en un momento de despecho Nuñez de Lara.

Pero rehaciéndose inmediatamente exclamó:

—No, no! yo no puedo hacer eso; un buen caballero, un buen cristiano, un buen amador, no puede hacer una cautiva de la mujer que ama!

—Pues, bien, vete, vete, olvídame, no vuelvas á acordarte más del infausto momento en que nos hemos conocido.

—No, yo no puedo vivir sin tí!—exclamó Nuñez de Lara.—Yo volveré, sí; yo no puedo

resistir á tus súplicas, á tu espanto; sí: yo volveré cada noche, y tú me esperarás aquí!

—Ir, venir cada noche de Alcalá aquí, de aquí á Alcalá! arrojando un peligro seguro, una muerte cierta! si una de nuestras taifas te encontrase!.....

—Iré y vendré,—dijo Nuñez de Lara.

—Valiente eres, cristiano,—exclamó Abdel;—pero el valor no es la temeridad; no podrias ir y venir muchas veces sin pagar cara tu osadía. Pero no, sí, tú puedes ir y venir, porque yo te acompañaré.

—Ah! tú!—exclamó irritado Nuñez de Lara.—Y tú crees que yo necesito tu ayuda?

—La estrella de la tarde, la hermosa de las hermosas te ama, y yo no quiero que llore,—exclamó Abdel.

Nuñez de Lara se sentia terriblemente contrariado, y con unos vehementes deseos de atropellar por todo.

Era un temerario, un verdadero caballero andante, que no se diferenciaba en D. Quijote sino en que él no veia en los rebaños ejércitos, ni en los molinos de viento gigantones, ni reyes y grandes príncipes en los venteros, ni doncellas en las maritornes.

Por lo demás, no habia diferencia alguna en cuanto al ánimo.

Todo lo que se le ponía por delante le parecía cosa de poco momento.

Así se hubiera tratado de los ejércitos de Jerjes.

Esto no pasaba de ser la locura del valor, ó más bien el valor de la locura, por lo cual Cervantes estuvo muy atinado y alcanzó un eterno renombre representando en su loco á los héroes de los libros de caballería.

Necesario es convenir que los libros de caballería no eran otra cosa que el espíritu de una época, la exageracion del valor y del heroísmo.

Y á esta exageracion se deben las altas glorias de nuestra guerra de reconquista contra los árabes y los moros.

Llenas están nuestras crónicas de portentosas hazañas, en las cuales no se creeria si no estuviesen probadas y afirmadas por documentos y testimonios indudables.

El espíritu, pues, caballeresco era altamente provechoso, noble, sublime.

Representaba el desprecio de la vida por Dios, por la pátria, por el honor, por el amor.

¿Qué era el Cid, más que el rey, por decirlo así, de los caballeros andantes?

¿Qué otra cosa podían ser los caballeros, que tras el pendon de Alfonso VI, sustentado por el Cid, cabalgaban en batalla?

Caballeros andantes.

Esto era, pues, y no otra cosa, D. Pero Nuñez de Lara.

Pero en la ocasion en que nos encontramos, un tremendo encantador se habia apoderado de él, le habia encantado y contenia su cólera y su brazo.

Este encantador era el amor que tan súbitamente se habia apoderado de él por aquella hermosísima doncella, que le miraba rendida y suplicante, y con su rendimiento, por la sola fuerza de su hermosura, le rendía.

Prestóse al fin Nuñez de Lara á volverse á sus reales acompañado hasta cierto lugar por el negro Abdel.

Pero con la condicion de que él iria todas las noches á ver á Giazul; que el negro le esperaria en la frontera y le guiaría hasta el huerto.

Así, pues, y habiéndose despedido tiernísimamente aquellos dos amantes, en tan poco tiempo tan estrechamente enlazados por el amor, partióse Nuñez de Lara atravesando á caballo el vado, por donde metido en el agua hasta la cintura, le condujo Abdel.

Acompañóle así, silencioso y mudo, hasta el confín de los por allí mermados territorios del rey moro, y volvióse irritado y sombrío, habiendo prometido á Nuñez de Lara estar allí cuando la media noche fuese por filo para llevarle á la presencia de su hermosísima enamorada.

CAPITULO VIII.

**De cómo el Cid salvaba las dificultades,
y de cómo sabia ser rey sin dejar de ser
vasallo.**

Llegó Nuñez de Lara á Alcalá á punto que caian las sombras.

Ya en el real cristiano habia habido un gran tumulto y alboroto en honor suyo.

Los traginantes á quienes habia entregado los caballos, las armas y las acémilas, los cuatro moros y las cuatro cabezas, los habian presentado al Cid, y éste habia hecho presentacion de aquellos trofeos al rey y á la reina.

Complacióse Alfonso VI.

Extremecióse doña Constanza de Borgoña, que así se llamaba la reina.